

CAPITULO CLXVI.

Nuestra salida de Pochutla; número de personas que formaban la caravana. Impresiones que nos causaba la vista del camino y bellezas de la naturaleza. Como hicimos la travesía de Pochutla á Miahuatlan, y como supliamos cuanto nos hacia falta; pintura de esta vía y lo que en ella gozabamos. Chozas y parajes que nos servían de albergue; seguridad que hay en todos esos lugares; vida sencilla y feliz de los que habitan en ellos. Descripción del camino, senderos, y presipicios por los que tuvimos que pasar. Tiempo que empleamos para llegar á Miahuatlan; donde nos hospedamos, idea de la poblacion, y festividad religiosa que en ella presenciarnos. Salida de Miahuatlan; el camino. Paso por la hacienda de San Nicolás, como se nos obsequió en ella. Continuacion del viaje; horas ardientes del sol. La jornada del dia siguiente; reflexiones y sentimientos que brotan del alma y del corazon al ver todo lo que vimos. Ejutla; lo que es esta poblacion. Marcha hasta Oaxaca, y nuestra llegada á esta ciudad.

De intento hemos querido destinar un Capítulo entero para hablar del trayecto de nuestro viaje de Pochutla á Oaxaca, por las peripecias

que presenta, y nuestras primeras impresiones al regresar y ver de nuevo el suelo pátrio.

Apesar de lo temprano de nuestra partida de Pochutla, muchos de los vecinos quisieron acompañarnos, y como á las seis de la mañana salimos de la poblacion, seguidas de una numerosa caravana que nos acompañó mas de dos leguas; solo siguieron con nosotros el Gefe político y los mozos y arrieros que conducian el equipaje. Seriamos por todos como quince personas, y era graciosa el golpe de vista que presentábamos, montadas á caballo con sus arneses de caballos de alquiler, grandes sombreros de petate en la cabeza y paños de sol; ibamos sin embargo llenas de contento; jamas habiamos imaginado un viaje tan agradable; y nuestra pobre pluma nunca podrá describir las gratas impresiones, los arranques de dulce admiración, los instantes de entuciasta alegría que experimentaba nuestra alma, en presencia de esos bosques vírgenes, no hoyados muchos de ellos aun por planta humana. ¡Las verdes praderas, el tranquilo curso de los rios, las cascadas, los pequeños riachuelos que serpenteaban entre el musgo y las flores; las altas montañas que se escondian entre las nubes; las risueñas colinas y las pequeñas poblaciones en medio de aquel conjunto; todo, todo allí era bello y seductor. Todo arrebatava el alma; todo nos invi-

taba á entonar un himno de alabanza al Creador de tantos portentos y de una naturaleza tan bella y privilegiada; hasta los mismos precipicios, barrancos y derrumbaderos que veíamos á nuestros piés, ejercían sobre nosotras una fascinación misteriosa; descubriábase hasta en el fondo del abismo árboles corpulentos, arbustos copados de verdura, y frescas enredaderas; de manera que el peligro mismo estaba allí rodeado de atractivo; y la muerte parecía perder su horror, al contemplarla sobre un lecho de flores!..... ¡Cuadros tan poéticos y seductores solo son para ser vistos! la imaginación no puede suplirlos, ni menos la pluma bosquejarlos; preciso es para gozar de su encanto, tener la felicidad como nosotras, de contemplarlos al viajar por nuestros campos vírgenes de América, y por nuestras elevadas y solitarias montañas!.....

Cuatro días tardamos de Pochutla á Miahuatlán, haciendo jornadas de seis á ocho leguas; nada mas bello, nada mas poético para nosotras que ese corto viaje, que dejó en nuestra alma impresiones vivas; imperecederos recuerdos. Nos veíamos en él privadas de toda clase de comodidades; con nuestras propias manos condimentábamos nuestro alimento en los ranchos de las indias sobre un montón de leña y de ceniza: Muchas veces teníamos que encender fuego en lo al-

to de un monte ó en la soledad del campo para calentar la comida, y allí sentadas en el suelo á la sombra de un árbol; ó á los piés de un riachuelo comíamos con placer lo que nosotras mismas habíamos preparado: sirviéndonos las tortillas en esos lugares de platos y cubiertos á la vez: Nuestra alimentación no podía ser mas sencilla y sin embargo nos parecía todo esquisito y un delicioso banquete; comíamos con tal gusto y apetito, como no recordamos haber comido nunca en las mesas mas opulentas y bien servidas.

Huevos, gallinas, tortillas y frijoles era lo único que se encontraba en esos pobres ranchos; esto era lo que formaba nuestro alimento por la noche y al medio día, acompañado de dulces y biscochos que habíamos tenido la precaución de llevar, y algunas frutas que por lo regular no faltaba entre los indios.

Cuando por casualidad llegábamos á alguna rancharía mas grande donde habia ganado; ¡oh! entónces nos regalábamos con leche, queso y mantequilla; y si habia manteca tomábamos tambien arroz y teníamos gran banquete: ¡con qué ilusión recordamos todo esto!

Cuando por la noche al rendir la jornada, solo veíamos un jacal de carrizos ó de paja, y pensábamos que aquello iba á servirnos de albergue; nos reíamos llenas de contento, porque esa mi-

seria y las incomodidades y privaciones formaban un paréntesis en nuestra vida; tenían para nosotras un singular atractivo y nos causaban la mas jovial alegría.

A nuestra llegada á la humilde choza sus pobres moradores nos la cedían gustosos, yendo ellos á dormir á la intemperie; sacaban de aquel jacalito sus trastes, cortaban ramas verdes para cubrir las grandes aberturas que habia en el techo y las paredes, y en un corto rato quedaba convertida la pobre choza en una verde enramada; barrián muy bien el piso que por supuesto era pura tierra, y allí tendíamos los colchones que traíamos: concluida esta operacion nos íbamos á recorrer el parage que por lo regular era bellísimo; tocaba unas veces albergarnos en lo alto de una montaña en una chosa aislada y solitaria; en otras en una verde pradera donde se veían diseminadas cinco ó seis cabañas: ó pequeñas poblaciones todas rústicas, y de ninguna importancia: Noche hubo, en que nos fué preciso dormir en un punto donde no habia mas albergue que una pobre choza; si este nombre puede darse á un pequeño recinto sin paredes, que abandonado en el campo tan solo tenia un mal techo de paja, bajo del cual tendíamos los colchones y así expuestas á la intemperie, entrando el viento por todas partes pasamos la noche: á la mañana siguiente al

despertar, nos vimos rodeadas de animales que se habian acercado á buscar abrigo al pié nuestros colchones y dormían muy contentos, los pequeños corderitos, los perros, y los conejos; lo hacían también á pocos pasos las pobres indias; hallábase la lumbre chisporroteando á nuestro lado y en ella desde la noche anterior se habia puesto lo que debia servirse á la mañana siguiente; siempre nos levantábamos ántes de amanecer para preparar el desayuno; mientras tanto los arrieros ensillaban las bestias, alzaban la carga, y con los primeros albores de la mañana tomábamos de nuevo el camino; cantando alegremente admirando todo lo que nos rodeaba, y con el alma llena de alegría: ¡Nada es mas bello que estos viajes por los fértiles campos de América, nada es mas poetico y encantador!..... El camino que seguíamos era enteramente despoblado; pero la gente que por allí se encuentra es tan sencilla, tan buena y tan segura, que durmiendo como dormíamos casi á la intemperie, y quedándose la carga en el campo; nunca se nos perdió nada, ni aun intentaron robarnos.

Encontrábamos placer al hospedarnos en sus chozas, al hablar con aquellas pobres indias dotadas de una alma pura é ingenua; muchas de las cuales jamas habian abandonado su cabaña y no conocían poblacion alguna ni aun la mas cer-

cana; preguntábalos si eran felices, y nos contestaban que sí; que allí pasaban muy contentas su vida, ocupadas en moler y preparar su comida, cuidar de sus hijos y de sus animalitos mientras que sus maridos y deudos cultivaban la tierra y se ocupaban en otras labores: esta sencillez nos sorprendía, y eran realmente venturosos; pues no tenían aspiraciones, nada desaban, y contentas con su presente, ignoraban el rudo choque de las pasiones, y desconocían los males de la vida: en ellas se veía confirmado de lleno el hermoso pensamiento de Chatonbriand: *¡Dichosos los que no han visto el humo de las cosas extranjeras; y solo se han creado en los festines de sus padres!....*

En la soledad de los campos, en la espesura del bosque, en lo alto de las montañas, aquellas gentes sencillas viven mas tranquilas y felices, que muchas de las que habitan en las grandes poblaciones rodeadas de diversiones y exquisitos placeres; pero reinando tal vez en sus almas la desilusion y el hastío, ó siendo juguetes del rudo choque de las pasiones!.....

Estos pensamientos nos ocurrían al hablar con aquellas humildes gentes; y al verlas, á veces las envidiábamos, porque ellas adquieren la felicidad á muy poco precio, y casi nunca ven turbada la dulce paz de sus hogares.....

Todo lo expresado dá á conocer, cuán errónea

y falsa es la creencia de que todos nuestros caminos están llenos de bandidos y ladrones. No, por Oaxaca hay una seguridad absoluta, y ningun temor debe asaltar al viajero, al menos por la ruta que nosotros seguimos.

El camino es verdad que es escabroso y con malos pasos y peligros; lugares hay en extremo difíciles; pero esas mismas dificultades y peligros se ven compensadas con la belleza que presenta, y el alma experimenta cierto orgullo al arrostrarlas vencerlas; allí el hombre solo con la creacion, sin la ayuda de la civilizacion y de la industria, lucha con todo y sale vencedor transitando por veredas que no ha hollado planta humana; sobreponiéndose á dificultades sin desconfiar de sus propias fuerzas, despreciando los avismos que se abren á sus piés y las grandes moles de piedra que desprendiéndose de las montañas amenazan caer sobre su cabeza. ¡Oh que grande se siente al arrostrar con serenidad la muerte!..... pero al contemplar tambien toda la grandeza y los portentos de la creacion. ¡Cuán admirados adoramos al Creador y cuán débiles y pequeños nos sentimos ante él!..... ¡al contemplar los secretos encantos de una naturaleza virgen, al ver esos árboles que tienen la duracion casi del mundo y que han resistido al transcurso de los siglos, cuya raíz nace del fondo del abismo, y cuya

copa traspasa las montañas y se pierde entre las nubes!..... al admirar esos ríos cuyas aguas cristalinas se extienden sobre un lecho de flores!..... ¡esas altas montañas cuya cima corona la blanca nieve, y cuya falda matizan las malezas y las flores!..... ¡esa multitud de variados y deliciosos pájaros, que se trinan sus amores revolotendo entre el follaje!..... todos esos secretos encantos que oculta la rica naturaleza de la América!.... Al ver todo esto no podemos menos que admirar el poder de Dios, y elevar un voto de gracias al Creador de tantos portentos!.....

El ateo siente renacer sus creencias en presencia de estas maravillas, por que al contemplar ese conjunto de grandeza, comprende que no es la obra del hombre que no pudieron existir todas las cosas por ellas mismas, y que tampoco son el fruto del acazo ó de la nada!..... ¡Hay absurdos que tienen que desaparecer ante la evidencia! ¡hay cosas que hablan directamente al alma!.....

¡Cuántas veces en algun paso la hermosura del panorama que teníamos á la vista nos hacia olvidar el peligro en que estábamos! Los caballos tenían que atravesar por estrechos senderos que á lo mas presentaban una vara de ancho y con profundos precipicios tal vez de uno y otro lado, ó por cimas escarpadas en las que se habia abierto el camino; si por un momento fijábamos

la vista en el abismo, se apoderaba de nosotros un vértigo, se nos opacaba la vista y nos sentíamos atraídos á él. El alma se estremecía en esos momentos, un paso falzo del caballo un ataque repentino, cualquiera otro accidente podia hacernos caer y rodar por aquel inmenso precipicio.

Otras veces el camino pasaba por estrechos derrumbaderos; la vereda tenia tambien menos de una vara de ancho, á la derecha, tocándola con la mano, estaba una alta montaña que con sus salientes piedras amenazaba sepultarnos bajo su peso, y á la izquierda un derrumbadero profundo cuyo fin no se percibia; en algunos pasos veíanse pedazos de montaña derribados dejando su huella extensa al precipitarse; en otros, árboles tronchados y arbustos y malezas destruidas, indicando todo esto la caída de algun desdichado viajero que no dejaba otro rastro de su muerte!... ó bien sinuosidades y grandes piedras, que hacian el paso mas difícil y peligrosos; calculando sin embargo que nos hubiera sido imposible atravesar á pié por aquella estrecha vereda, porque nos habria faltado fuerza para hacerlo cerrábamos los ojos y abandonando la rienda al caballo; nos arrojábamos en brazos de la Providencia y nos poníamos á orar, porque la oracion, siempre da valor y fuerza, al alma del cristiano: Dios nos protegió visiblemente y salimos siempre ilesas de todos esos peligros.

Otras ocasiones teníamos que subir por escabrosas montañas y en esas pendientes y en terreno tan quebrado y lleno de malos pasos, los caballos resbalaban á veces, y otras nos hacian brincar de la silla, teniendo que agararnos fuertemente para no caer; disminuia algo nuestro temor la persuacion de que el caballo es animal de mucho instinto y si tiene que ir en la orilla del avismo; sabe huir de los malos pasos y con nobleza nos adierte del peligro sabiendo evitarlo; habia ademas la circunstancia de que los caballos de esos países están muy acostumbrados á esos caminos; por eso lejos de guiarlos en los pasos peligrosos les dejabamos gobernarse por si mismos.

El cerro de la "Hormiga" es uno de los tramos mas peligrosos de ese camino y se emplean muchas horas en pasarlo; su nombre iudica lo que es: a! verlo parece increíble que pueda el hombre transitar por aquellas tortuosas y pequeñas sendas es mas bien un camina de "hormigas," al subir ese cerro nos encontramos con el Sr. D. Matías Romero y su familia que lo bajaba; afortunadamente este encnento fué en una pequeña meseta de la montaña, de otra manera habria sido difícil y casi imposible el paso. Como es tan raro encontrar por esos lugares otros viajeros, nos dio gusto el vernos y despues de un rato de

conversacion, nos separamos deseándonos buen viaje y cada cual continuó su camino.

Otro de los lugares mas difíciles y peligrosos que hay es la montaña que le llaman el "Canal," y no concervamos en la memoria el nombre de otros puntos.

En fin, despues de cuatro dias de camino, haciendo jornadas de seis á ocho leguas como antes dijimos; llegamos á Mihuatlan poblacion ya de alguna importancia, y que comparada con los pueblitos y rancherías por los que pasamos nos pareció una gran ciudad,

Serian como las cuatro de la tarde cuando llegamos y fuimos á hospedarnos á casa del Cura para el que traíamos cartas de recomendacion y nos recibió con muestras de gran placer brindándonos la mas fina y cordial hospitalidad.

Mihuatlan es una poblacion corta pero bastante animada, y su aspecto no es desagradable; en ella residen las autoridades del distrito y tienen una guarnicion militar: el número de sus habitantes pasa de 7,000; hay varias iglesias bonitas y bien atendidas; el espíritu de sus moradores es esencialmente religioso, y á pesar de todos los cambios políticos que ha sufrido la República, siempre han conservado sus usos y costumbres.

La plaza principal es espaciosa, y á ella van